

EL «AQUÍ Y AHORA»

La moda literaria del existencialismo popularizó, en la segunda mitad de la década de los cuarenta, la expresión «aquí y ahora» en todo discurso con pretensiones de realismo y concreción. Su uso indiscriminado durante la guerra fría la convirtió, como cláusula de estilo, en estribillo ideológico de la «Realpolitik» y del pragmatismo vulgar. Cuando se empezaba diciendo «aquí y ahora» se sabía que a renglón seguido vendría una justificación de lo que, en sí mismo, es a todas luces injustificable.

El «aquí y ahora» de la situación española a comienzos de 1977 justificó la traición de los partidos ilegales a la causa de la libertad y la democracia. El «aquí y ahora» de 1978 se constitucionalizó en un eterno presente inmóvil. Éste es el atentado al futuro de la libertad creadora que se comete en todas las llamadas éticas ocasionistas, oportunistas o situacionistas.

El «aquí» no se usa como adverbio neutramente descriptivo de un lugar físico o de una situación dada, sino como modo indicativo o prescriptivo de la idiosincrasia conformista de un pueblo o de una generación.

El «ahora» no designa un instante en la sucesión temporal, ni un momento fugaz de la situación, sino un tiempo indeterminado que permite anular el futuro y conservar el pasado haciendo perdurar la contingencia presente.

Si las circunstancias del momento nos impiden ser, aquí y ahora, verídicos y justos, decidiremos como lo mejor ser falsos e injustos para siempre. Ese fue el punto de arranque inicial de la Reforma y el sentido final de la Constitución.

La Transición española ha consistido en un súbito tránsito político y cultural desde el «aquí y ahora» que pasa al «aquí y ahora» que permanece. Lo explicará con claridad acudiendo a los orígenes filosóficos de esta expresión.

La locución adverbial «aquí y ahora» se acuñó, con pretensiones metafísicas, en la «Fenomenología del Espíritu» de Hegel. El ahora, que deja de serlo al instante siguiente, se conserva como algo negativo que, al ser conocido y verdadero, se convierte en un «ahora universal», en una fase del devenir entre el ser y la nada.

La inserción de la eternidad en el tiempo, a través del fluyente «ahora», llevó a Kierkegaard a ver en el «momento» algo semejante al «presente eterno» de Unamuno. Lo que «pasa quedando y se queda pasando». Cuestión capital para los megáricos modernos que identifican actualidad y realidad mediante la negación de la posibilidad, y para las nociones existenciales de autenticidad o inautenticidad de la vida personal. El «ahora» inauténtico es aquel que pasa y tiende al presente, como en las distracciones. Sólo es auténtico el «ahora» que se anticipa al futuro haciéndolo presente, como en los proyectos vitales que ponen su fundamento último en la libertad (Heidegger). Salvo en esta presencia del futuro de la existencia auténtica, las filo-



sofías del «ahora» son ideologías frías o reaccionarias, basadas en una concepción pesimista de las posibilidades morales de la naturaleza humana.

El «aquí y ahora» del 77 y 78 español, completamente dis-

tinto del «aquí y ahora» del 2000, era un presente inauténtico, totalmente determinado por el pasado de la dictadura, que tuvo miedo de un futuro de libertad y que ha desembocado, como era de esperar, en un «aquí y ahora» de permanente distracción.

Juego y chiste como suprema expresión de la vida inauténtica. Incluso el terrorismo se vive como espectáculo. Dar permanencia real al «aquí y ahora», que son adverbios de lugar y tiempo (y no acciones o entidades), carece por completo de sentido.

Sin embargo, eso es lo que dictó, sin libertad constituyente, la Constitución del 78. Hizo eterno su presente «aquí y ahora», como la dictadura el suyo con los Principios Eternos del Movimiento. El «aquí y ahora» prescribe la eternidad de situaciones injustas.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

EL HONOR DE DIOS

La cruzada paranoica contra el nacionalismo que se atreve a existir extramuros del Estado sigue su curso tumultuoso, guerrero y afiebrado. No respeta a nadie que ose discrepar de sus planteamientos, métodos y herramientas. Sólo mencionar la necesidad del diálogo y de soluciones políticas a problemas incuestionablemente políticos, que insisten con la tenacidad y la contumacia de lo fieramente real, suscita reprobaciones y repulsas de todo jaez. La premisa es siempre la misma. Si el nacionalismo es el caldo de cultivo del terrorismo, cualquier actitud comprensiva y amigable —no digamos ya amistosa— con los nacionalistas es tildada de connivencia o complicidad con el terrorismo. Consciente o inconscientemente, todo ciudadano que no condena, de forma apodictica, como verdad absoluta y «eucarística», al nacionalismo vasco es sospechoso de traición y deslealtad al Estado, a la Constitución y a la patria común e indivisible. Sólo un nacionalismo contrapuesto, exacerbado por la pasión españolista de Estado, es capaz de engendrar este talante excluyente e in-



quisitorial. Al parecer, el padre Zeus nos ha condenado a la rutina del guerracivilismo proscribiéndonos la ruta de la sana, pacífica, civil y libre confrontación de criterios, ideas y creencias. Aun sometido a

cruces tormentos, Prometeo tenía la seguridad de que su desacato a los dioses iba a ser retribuido con la libertad. Conocía el secreto que Zeus necesitaba saber para seguir reinando en el Olimpo. En esta Celtiberia de nuestros pesares, la libertad continúa regresando hacia los soportales del miedo y la servidumbre. No conocemos secretos salvíficos y liberadores y nuestra crítica a la prepotencia del poder es gratificada, como desacato, por la amenaza y el garrote inquisitorial.

Díganlo si no, los muy prudentes obispos carpetovetónicos. Ha bastado que se nieguen a desenvainar la espada contra el nacionalismo vasco, que se resistan a bendecir el pacto antinacionalista de Aznar y Zapatero, para ser apuñalados por los pretores de la ortodoxia españolista. Son tibios, ambiguos y sospechosos de equidistancia entre el bien y el mal. «Se han quitado de en medio» cuando tan precisa era su consagración del pacto antinacionalista y de la nueva cruzada contra el infiel. Toda la Conferencia Episcopal en el banquillo. Crimen de lesa patria. Y de lesa majestad divina. Que Dios está con los buenos cuando son más que los malos. El paradigma del dogma por excelencia, en el banquillo por defender el dogma de los nuevos cruzados. El honor de Dios les exigía bendecir y predicar el nuevo evangelio. Olvidarse, Vaticano a la cabeza, de la despreciable y maligna vocación dialogante y mediadora en el contencioso vasco. Si el infierno no prevalece contra la piedra de Pedro ¿cómo va a prevalecer el fervor desaguado de estos cruzados de nuevo y pequeño cuño?

El mensaje episcopal es digno del padre Zeus y más cercano a Epimeteo que a Prometeo. El escándalo de los pretores de asalto tiene su precio. Lo malo es que ese precio se pague a costa de la libertad y que la lucha entre las dos espadas se libere en el territorio de la irracionalidad y la intolerancia. Decía Gerardo de Gales, allá por el siglo XIII: «Nada existe que tanto excite y eleve el corazón de los hombres a la virtud como el disfrute de la libertad; y nada existe que tanto lo deprima como la opresión y la servidumbre». La depresión es pugnaz y profunda. Por si algo faltase, la Fiera ha perdido momentáneamente su cubil —guarda y cauce— en LA RAZÓN. Mientras tanto, los cubicularios siguen excavando la cámara sepulcral de la libertad y rezongan entre dientes la máxima Beaumarchais: «Mediocre y rampante se llega a todo». Que se preparen los que no quieren aprender el fervor. El Manual del Inquisidor está gastado por la usura de siglos pero continúa abierto.

Joaquín NAVARRO

REACCIÓN PARCIAL DEL EPISCOPADO

La Conferencia Episcopal ha reaccionado muy dolida a las críticas sobre su posición en el problema del terrorismo. Ahora publicará un libro para demostrar su posición inequívoca contra este fenómeno. Pero con ello no hará más que contestar a una acusación que nadie le ha hecho. Nadie ha dicho los obispos no hayan condenado el terrorismo. Lo que se ha reprochado con toda justicia es que una parte de la jerarquía eclesiástica y un buen número de curas que ejercen en el País Vasco han utilizado un lenguaje equidistante en el que se equiparaban los sufrimientos de las víctimas del terrorismo con el de los terroristas

que las causaban. Lo que se ha reprochado es que determinados obispos, como el emérito Setién, hayan abanderado causas políticas más cercanas a los verdugos que a las víctimas. Lo que se reclamaba de la Conferencia es que deshiciera el entuerto que muchos católicos observaban: el distanciamiento hacia los vascos perseguidos por sus ideas y la «comprensión» hacia los perseguidores, llevada mucho más allá del cristiano ejercicio del perdón. A esto no ha contestado la Conferencia. Por eso se le pide un compromiso más explícito que la simple condena de la violencia.

Juan BRAVO

